

5. John Pilger *

El problema no es Trump, sino nosotros

Traducción: Valeria L. Carbone



Foto de Diego Torres Sylvester.

El día de la asunción del presidente electo [Donald] Trump, miles de escritores en los Estados Unidos expresarán su indignación. “Para que podamos sanar como país y avanzar...”, dicen desde *Writers Resist*, “deseamos superar el discurso político directo, en favor de un enfoque inspirado en el futuro, y cómo nosotros, en tanto escritores, podemos ser una fuerza unificadora para proteger a la democracia”.

* Original: John Pilger, “The problema is not Trump, it’s us”, *Counterpunch*, 17 de enero de 2017, <http://www.counterpunch.org/2017/01/17/the-issue-is-not-trump-it-is-us>

Y agregan: “Instamos a organizadores y oradores a evitar referirse a los políticos por su nombre, o adoptar el lenguaje de lo “anti” como el foco de sus eventos de *Writers Resist*. Es importante que las organizaciones sin fines de lucro, que tienen prohibido hacer militancia política, se sientan confiadas para participar y patrocinar nuestros eventos”.

En otras palabras, debe evitarse la protesta política real, simplemente porque protestar no es una actividad que desgrave impuestos.

Comparemos semejante estupidez con las declaraciones emitidas por el *Congreso de Escritores Estadounidenses* realizado en Carnegie Hall, Nueva York, en 1935 y 1937. Se trató de apasionantes encuentros en los que se debatió cómo enfrentar los infaustos acontecimientos que en ese momento tenían lugar en Abisinia, China y España. En los que se leyeron telegramas enviados por Thomas Mann, C. Day Lewis, Upton Sinclair y Albert Einstein, que reflejaban el temor de que los grandes poderes estuvieran fuera de control y cómo se había tornado imposible discutir sobre arte o literatura sin hacerlo sobre política, o más aún, sobre acción política directa.

En el Segundo Congreso, la periodista Martha Gellhorn¹ sentenció: “Ahora, un

¹ Escritora y periodista estadounidense (1908-1998), considerada una de las corresponsales de guerra más importantes del siglo XX. Escribió sobre la Gran Depresión en Estados Unidos, la Guerra Civil Española, el ascenso al poder de Adolf Hitler, la Segunda Guerra Mundial. Gellhorn fue la autora, entre muchas otras obras, de la célebre novela “Por quién doblan las campanas”, dedicada al que fuera su esposo entre 1940 y 1945, Ernest Hemingway. (N. del T.)

escritor debe ser un hombre de acción... Aquel que ha dedicado un año de su vida a participar de huelgas industriales, o contra el desempleo o el prejuicio racial, no perdió ni desperdició su tiempo. Es un hombre que sabe dónde pertenece. Si has de sobrevivir, lo que tengas para decir después será la verdad, es necesario y es real, y será duradero.”

Estas palabras resuenan en el fervor y la violencia de la era de Obama, y en el silencio de aquellos que confluyeron con sus engaños.

Que la amenaza del poder rapaz - ya desenfrenada mucho antes del surgimiento de Trump - fue aceptada por escritores, muchos privilegiados y celebrados, y por los que resguardan las puertas de la crítica literaria y de la cultura, incluida la cultura popular, es indiscutida. No es para ellos la imposibilidad de escribir y promover literatura privada de política. No es para ellos la responsabilidad de opinar, independientemente de quién ocupe la Casa Blanca.

Hoy, el simbolismo falso lo es todo. La “identidad” lo es todo. En 2016, Hillary Clinton estigmatizó a millones de electores al tildarlos de “lamentables, racistas, sexistas, homofóbicos, xenófobos, islamofóbicos - lo que se te ocurra”. Su abuso verbal se expresó en un mitin de la comunidad LGBT, como parte de su cínica campaña para ganarse a las minorías insultando a la mayoría obrera blanca. “Dividir y gobernar”, así se lo llama; o “políticas de identidad” en las que la raza y el género ocultan cuestiones de clase, y

permiten que se libre la lucha de clases. Trump comprendió todo esto.

“Cuando la verdad es reemplazada por el silencio”, dijo el poeta soviético disidente Yevtushenko,² “el silencio es una mentira”.

Este no es, sin embargo, un fenómeno estadounidense. Hace unos años, Terry Eagleton, en ese entonces profesor de literatura inglesa en la Universidad de Manchester, afirmó que “por primera vez en dos siglos, no hay un poeta, dramaturgo o novelista británico célebre dispuesto a cuestionar los fundamentos del modo de vida occidental”.

No hay un Shelley que hable por los pobres, ni un Blake por los sueños utópicos, ni un Byron que condene la corrupción de la clase dominante, ni un Thomas Carlyle o un John Ruskin que denuncie el desastre moral del capitalismo. William Morris, Oscar Wilde, HG Wells, George Bernard Shaw carecen hoy de equivalente alguno. Harold Pinter fue el último en hacerse oír. Entre las insistentes voces del feminismo de consumo, ninguna se asemeja a la de Virginia Woolf, quien refirió a “las artes de dominar a otras personas... de gobernar, matar, adquirir tierra y capital”.

² Yevgueni Aleksándrovich Yevtushenko es un poeta ruso, que se destacó por su poesía de crítica social que reclamaba cambios profundos en la Unión Soviética de la década de 1960 y 1970. En 1989 fue electo diputado del Soviet Supremo de la URSS, y en 1991 se trasladó a los Estados Unidos donde trabajó como profesor en la Universidad de Tulsa, Oklahoma. Yevtushenko es miembro honorario de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo y de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras, miembro de Academia Europea de Ciencias y Artes, y profesor de las universidades de Pittsburgh y Santo Domingo.

Hay algo deshonesto y profundamente estúpido en los escritores famosos que deciden aventurarse fuera de su burbuja y abrazar una causa. En la sección de reseñas de *The Guardian* del 10 de diciembre (de 2016) se publicó una maravillosa imagen de Barack Obama mirando al cielo con el epígrafe “Amazing Grace” (gracia asombrosa) y “Farewell the Chief” (“adiós al jefe”).

La adulación corría desenfrenada página tras página. “Fue una figura vulnerable en muchos sentidos... Pero la gracia. La gracia omnipresente: en distintas maneras y formas, en argumento e intelecto, con humor y calma... [Él] es un flamante homenaje a lo que ha sido, y a lo que puede volver a ser... Parece preparado para seguir luchando, y continuar siendo un gran campeón para tener de nuestro lado... La gracia... los niveles casi surrealistas de su gracia...”.

He combinado aquí distintas citas. Hay otras más hagiográficas y desprovistas de moderación. Gary Younge, el principal apologista de Obama del periódico *The Guardian*, siempre ha sido cuidadoso a la hora de aplacar sus críticas, de decir que su héroe “podría haber hecho más”: oh, pero que había “soluciones sosegadas, medidas consensuales...”.

Pero nadie supera al escritor estadounidense Ta-Nehisi Coates, quien recibió de una fundación liberal una “beca a su genialidad” por la suma de 625.000 dólares. En un interminable ensayo para *The Atlantic* titulado “My President Was Black” (“Mi Presidente era Negro”), Coates

le dio un nuevo significado a la postración. En el último “capítulo” de su escrito, titulado “Cuando te fuiste, me llevaste completamente contigo”, una frase de una canción de Marvin Gaye, describe como vio a los Obama “salir de la limusina, elevándose del miedo, sonriendo, saludando, desafiando a la desesperación, desafiando a la historia, desafiando la gravedad”. La Ascensión, nada más y nada menos.

Una de las constantes de la vida política norteamericana lo constituye un culto extremismo cercano al fascismo. Esto se expresó y reforzó durante las dos presidencias de Barack Obama. “Creo en el excepcionalismo estadounidense con cada fibra de mi ser”, afirmó Obama, quien expandió el pasatiempo militar favorito de los estadounidenses, los bombardeos y los escuadrones de la muerte (“operaciones especiales”) como ningún otro presidente lo ha hecho desde la Guerra Fría.

Según una encuesta del *Council on Foreign Relations* (Consejo de Relaciones Exteriores), sólo en 2016 Obama lanzó 26.171 bombas. Lo que equivale a 72 bombas diarias. Bombardeó a los habitantes más pobres de la tierra, en Afganistán, Libia, Yemen, Somalia, Siria, Iraq, Paquistán.

Cada martes – según informó el *New York Times* - él personalmente seleccionaba quienes serían asesinados por los misiles *Hellfire* lanzados desde drones. Se atacaron bodas, funerales, a pastores, e incluso a aquellos que intentaban recuperar partes de cuerpos humanos que perecieron junto a los “objetivos terroristas”. Una importante

senadora republicana, Lindsey Graham, estimó, con signos de aprobación, que los aviones no tripulados de Obama asesinaron a 4.700 personas. “A veces le toca a gente inocente y odio eso”, dijo, “pero hemos eliminado a algunos integrantes muy importantes de Al Qaeda”.

Como sucedió durante el apogeo del fascismo en los años treinta, las grandes mentiras se anuncian con la precisión de un metrónomo: gracias a unos medios de comunicación colaboracionistas cuya caracterización encaja a la perfección con la del fiscal de Núremberg: “Antes de cada gran agresión, y con algunas pocas conniventes excepciones, se iniciaron campañas de prensa pensadas para socavar a las víctimas y preparar psicológicamente al pueblo alemán... En el sistema de propaganda... la prensa diaria y la radio fueron las armas más importantes.”

Tomemos la catástrofe en Libia por ejemplo. En 2011, Obama dijo que el presidente libio Muammar Gaddafi estaba planeando “un genocidio” contra su propio pueblo. “Sabíamos... que si esperábamos un día más, Benghazi, una ciudad del tamaño de Charlotte, podría sufrir una masacre que habría repercutido en toda la región y manchado la conciencia del mundo”.

Esta era la conocida mentira de las milicias islamistas que enfrentaban la derrota a manos de las fuerzas del gobierno libio. Se convirtió en la historia mediática del momento; y la OTAN - encabezada por Obama y Hillary Clinton - lanzaron 9.700 ataques contra Libia, de los cuales más de un tercio fueron dirigidos contra blancos civiles. Se utilizaron cabezas nucleares; las

ciudades de Misurata y Sirte fueron bombardeadas en forma masiva desde el aire. La Cruz Roja identificó fosas comunes, y Unicef informó que “la mayoría [de los niños muertos] tenían menos de diez años”.

Durante la presidencia de Obama, los Estados Unidos extendieron las operaciones secretas de sus “fuerzas especiales” a 138 países, lo que equivale al 70 por ciento de la población mundial. El primer presidente afro-estadounidense lanzó lo que equivalió a una invasión a gran escala de África. Reminiscencia de las luchas por el reparto de África de finales del siglo XIX, el Comando Africano de los Estados Unidos (Africom) construyó una red de suplicantes regímenes africanos aliados ávidos de sobornos y armamento estadounidenses. La doctrina “soldado a soldado” de Africom involucró a oficiales estadounidenses en todos los niveles de mando, desde el general al oficial de mando.

Es como si la orgullosa historia de liberación de África, desde Patrice Lumumba hasta Nelson Mandela, estuviera destinada al olvido por una nueva elite colonial negra cuya “misión histórica”, advirtió Frantz Fanon hace medio siglo, es la promoción de “un capitalismo desenfrenado, aunque camuflado”.

Fue Obama quien, en 2011, anunció lo que se conoció como el “pivote hacia Asia”, en el que casi dos tercios de las fuerzas navales estadounidenses serían transferidas a la región Asia-Pacífico para - en palabras de su Secretario de Defensa - “enfrentar a China”. China no era una amenaza, toda la iniciativa era absolutamente innecesaria. Fue una

provocación extrema para mantener feliz a los dementes del Pentágono.

En 2014, el gobierno de Obama supervisó y financió un golpe de estado fascista en Ucrania contra un gobierno elegido democráticamente, amenazando a Rusia en la frontera occidental a través de la cual Hitler invadió la Unión Soviética, con una pérdida de 27 millones de vidas. Fue Obama quien colocó misiles apuntando a Rusia en Europa del Este, y fue el ganador del Premio Nobel de la Paz quien aumentó el gasto en ojivas nucleares a un nivel superior al de cualquier gobierno desde la guerra fría – luego de haber prometido, en un emotivo discurso en Praga, “ayudar a liberar al mundo de las armas nucleares”.

Obama, el abogado constitucionalista, procesó a más “whistleblowers”³ que cualquier otro presidente de la historia, a pesar de que la Constitución de Estados Unidos los protege. Antes de que terminara un juicio más parecido a una farsa, declaró a Chelsea Manning culpable. Se negó a exonerar a Manning, quien durante años sufrió un trato tan inhumano que hasta las Naciones Unidas lo consideraron “tortura”. Llevó adelante una causa completamente falsa contra Julian Assange. Prometió cerrar la cárcel de Guantánamo, pero no lo hizo.

Después del desastre para las relaciones públicas que implicó la presidencia de George W. Bush, Obama, el afable operador

³ Según el diccionario de Cambridge, un *whistle-blower* es aquel que revela información a personas o instituciones en posición de autoridad sobre actividades ilegales que están teniendo lugar, especialmente en una agencia o departamento gubernamental o en una empresa. (N. del T.)

de Chicago vía Harvard, fue reclutado para restaurar el “liderazgo” en todo el mundo. La decisión del comité del Premio Nobel formó parte de esto: el tipo de racismo a la inversa que beatificó al hombre sin ninguna otra razón más que [Obama] resultaba atractivo a las sensibilidades liberales y, por supuesto, al poder estadounidense, sino a los niños que asesinó en empobrecidos países, en su mayoría musulmanes.

Este es el Llamado de Obama. No es muy distinto al silbido para llamar a un perro: inaudible para la mayoría, irresistible para los tontos y necios, especialmente para los “cerebros liberales encurtidos en el formaldehído de la política de identidad”, como lo expresó Luciana Bohne. “Cuando Obama entra en una habitación”, dijo George Clooney, “quieres seguirlo a donde vaya, a cualquier parte”.

William I. Robinson, profesor de la Universidad de California y uno de los pocos intelectuales estadounidenses que conservaron su independencia durante los años de lamebotismo intelectual post 11 de septiembre [de 2011], escribió recientemente:

“El presidente Barack Obama... probablemente haya hecho más que nadie para asegurar la victoria [de Donald] Trump. Aunque la elección de Trump ha desencadenado una rápida expansión de las corrientes fascistas en la sociedad civil estadounidense, un resultado fascista para el sistema político está lejos de ser inevitable... Pero esa lucha requiere claridad en cuanto a cómo llegamos a un precipicio tan peligroso. Las semillas del

fascismo del siglo XXI fueron plantadas, fertilizadas y regadas por la administración Obama y la élite liberal políticamente en quiebra”.

Robinson afirma que “ya sea en el siglo XX o en sus distintas variantes del siglo XXI, el fascismo es, ante todo, una respuesta a las profundas crisis estructurales del capitalismo, como la que se experimentó en la década de 1930 y la que comenzó en el 2008 con la crisis financiera... Y podemos ver una clara y recta línea de continuidad entre Obama y Trump... La negativa de la élite liberal a desafiar la rapacidad del capital transnacional y su marca distintiva de “política de identidad” sirvió para eclipsar el lenguaje de las clases trabajadoras y populares... empujando a los trabajadores blancos a identificarse con el nacionalismo blanco y ayudando a los neofascistas a organizarlos”.

El semillero es la República de Weimar de Obama, un paisaje de pobreza endémica, policía militarizada y prisiones bárbaras: la consecuencia de un extremismo de “mercado” que bajo su presidencia impulsó la transferencia de \$ 14 billones del dinero público a empresas criminales de Wall Street.

Quizás su mayor “legado” es la cooptación y la desorientación de cualquier oposición real. La “revolución” de Bernie Sanders no califica como tal. Su triunfo es la propaganda.

Las mentiras sobre Rusia - en cuyas elecciones Estados Unidos intervino abiertamente - han convertido a los periodistas más importantes del mundo en

un hazmerreír. En el país en el que la libertad de prensa se encuentra asegurada por la Constitución, el periodismo independiente sólo existe en contadas excepciones.

La obsesión con Trump es una coartada para muchos de los que se llaman a sí mismos “izquierdistas/liberales”, para poder reclamar para sí una cierta decencia política. No son “izquierdistas”, mucho menos “liberales”. Gran parte de los actos de agresión de Estados Unidos hacia el resto de la humanidad provinieron de gobiernos democráticos y liberales, como el de Obama. El espectro político estadounidense va desde el mítico centro hasta la derecha más extrema. La “izquierda” la conforman un conjunto de renegados sin hogar que Martha Gellhorn describió como “una fraternidad rara y completamente admirable”, de la que excluyó a aquellos que confunden la política con una fijación con sus ombligos.

Mientras “sanar” y “progresan”, ¿reflexionarán sobre esto los miembros de *Writers Resist* y otros antitrumpistas? Más concretamente: ¿cuándo surgirá un genuino movimiento de oposición? Disgustado, elocuente, de todos para uno y uno para todos. Hasta que la verdadera militancia y activismo político retorne a la vida de las personas, el enemigo no es Trump, sino nosotros mismos.